

ELIANNET PAOLA GARCÍA HERNÁNDEZ

TJERRA,
CAOR Y
COLOR

TIERRA, CALOR
Y COLOR

CENTRO
HONESTIDAD Y RESULTADOS
2021-2024

COLECCIÓN
FOMENTO A LA LECTURA

TIERRA, CALOR
Y COLOR

ELIANNET PAOLA
GARCÍA HERNÁNDEZ

Primera edición, 2022

ISBN: 978-607-59456-3-7

© Municipio del Centro
Av. Paseo Tabasco, número 1401
Col. Tabasco 2000. C.P. 86035

El jurado del Premio Municipal de Cuento “Doña Gaba” Gariela Gutiérrez Lomasto 2022, estuvo integrado por los escritores Magnolía Vázquez Ortiz, Carlos González Gutiérrez y Miguel Ángel Ruiz Magdónel.

Todos los juicios expresados en este libro son responsabilidad del autor. Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal de Derechos de Autor.

Impreso en Tabasco, México.

PRESENTACIÓN

YOLANDA OSUNA HUERTA

La identidad cultural de un pueblo se construye a partir de su devenir histórico, sus tradiciones, ritos, costumbres y testimonios. Ella engloba, además, la lengua, las artes y las letras. Muchos son los elementos que la conforman y dan lugar a eso que llamamos “un modo de vivir”, porque la cultura es así: algo vivo y multidimensional.

Centro, y particularmente Villahermosa, es tierra depositaria de variadas manifestaciones culturales; en ella han visto la luz grandes escritoras y escritores que, pese al inexorable paso del tiempo, continúan brillando en las letras nacionales.

Las propuestas literarias de nuestros contemporáneos, sus creaciones e investigaciones refuerzan la inmensa vocación cultural del municipio de Centro, por lo que merecen un escaparate para garantizar su vigencia y difusión.

El Plan Municipal de Desarrollo 2021-2024 consigna la importancia de promover “un fondo editorial para desarrollar proyectos de publicaciones que impulsen el

conocimiento, la cultura y los valores humanísticos". Esta directriz se alinea con la aspiración de recuperar las experiencias, saberes y conocimientos para preservar y difundir la memoria, por una parte; pero también con el propósito de fomentar el hábito a la lectura, condición fundamental para enriquecer nuestra visión de la realidad, fortalecer la capacidad del pensamiento y restaurar el tejido social.

Abrir los cauces para cultivar una permanente labor editorial en Centro es también una deuda histórica, si consideramos que la primera imprenta en Tabasco se estableció en San Juan Bautista, en 1825, a cargo de los tipógrafos Trinidad Flores y José María Corrales, según lo refiere el lexicógrafo e investigador Francisco J. Santamaría, con base en lo publicado en el tomo XXIV, número 11 del "Boletín Municipal", de fecha 11 de marzo de 1906.

En Centro, obras y libros son amores... y también buenas razones. Por ello, dentro del Primer Festival Guayacán & Macuilí, realizamos diversas convocatorias, las cuales, como parte del premio otorgado, obtuvieron la edición de su trabajo, el cual a través de un nuevo orden editorial ponemos al servicio de los habitantes con diversas publicaciones que acrecentarán los acervos de nuestras bibliotecas, ampliarán las ventanas del conocimiento y contribuirán al disfrute de la lectura y, por ende, a la transformación social.

TIERRA, CALOR
Y COLOR

ELIANNET PAOLA
GARCÍA HERNÁNDEZ



COSECHA

Cuando Manuel abrió por primera vez sus ojos a este mundo, el redondo espejo de la noche brillaba en todo su esplendor; millones de luces titilantes se esparcían por todo el manto celestial mientras el ambiente era perfumado por el olor de los azahares y la flor del huelle de noche.

La comadrona salió con el chiquillo en brazos, nada más sintió el aire fresco, abrió sus ojos y la noche se impregnó en ellos, levantó su mano y la luna se coló en sus uñas para nunca perder su blancura.

El padre le dio un vistazo, nadie podría negar que era su hijo, excepto él; dio unas monedas a la mujer y sin más esta salió para no regresar.

Desde entonces Manolito creció para ser un buen campesino, su piel tomó el color de la tierra y el sol se encargó de tostarla para darle el acabado.

Sabía todo acerca de la siembra, conocía muy bien en qué temporada se debían plantar las semillas para aprovechar las lluvias y que los frutos fueran grandes y jugosos.

Conocía las hierbas silvestres, sabía por ejemplo que la hoja de contrayerba tenía la forma de la cabeza de la nauyaca porque servía para contrarrestar el veneno de la misma; que la leche del revienta muelas era útil cuando se quería tumbar algún diente y de la infalible malvavisco o malva de puerco para quitar el calentamiento de cabeza de los niños tiernos.

Desde que tenía uso de memoria su patio de juegos fue el abundante campo de los alrededores de Villahermosa separados por el viejo Mezcalapa.

Su erudición sobre el campo y la vida provenía de aquel pedazo de tierra que un día le fue entregado por un hombre que le dijo que era su padre cuando Manuel despuntaba para ser un hombre. Con él también llegó el espacio de venta que aseguraba la comercialización de sus productos en el tianguis campesino del mercado José María Pino Suárez.

Ahí, Manolito, como lo llamaban todos porque siempre fue menudo de compleción, tendía sobre sus costales todas las frutas que cosechaba. Cuando algunos

querían conseguir uspi jugosos, caimitos y pomarrosas maduros, cuinicuiles grandes o conseguir papayitas intactas para hacer dulce de oreja de mico, sabían que con él podían acudir para asegurar las mejores piezas.

La vida transcurrió. Él envejeció, pero su amor por la tierra, no. A pesar de su erudición y de tantos años, una cosa le atormentaba, conocía el valor del dinero, aprendió a hacer cuentas, pero nunca aprendió a leer.

Una tarde, mientras estaba recostado en su hamaca, después de regresar del tianguis, un hombre joven tocó en su portón, se identificó como notificador y le hizo marcar una equis en un papel bajo la amenaza que, de no hacerlo, el juez mandaría a buscarlo con los policías.

Le manchó el dedo con tinta y al lado de la cruz, la huella de su dedo quedó impresa. Caminó hasta la casa de su vecino y le pidió que leyera qué decía el papel, ninguno entendió qué quería decir excepto por el hecho de que al parecer alguien reclamaba su propiedad y lo citaban a presentarse en un juzgado al día siguiente.

Muy temprano se encaminó hasta donde le había dicho su vecino que tenía que ir. Cuando entró, el policía de la puerta le indicó a dónde había de dirigirse, una de

Pasaron los meses y de pronto apareció nuevamente un notificador, le dijo que tenía que desalojar su propiedad o de lo contrario sería sacado con la fuerza pública en un mes, ya que no había acudido a las audiencias ni acreditado ser el propietario.

En vano fueron las lágrimas, súplicas y explicaciones, lo único que le dijo de provecho el hombre es que mejor contratara un abogado para que revisara el caso.

Un abogado, se repetía una y otra vez, dónde podía conseguir uno si apenas conocía el camino de ida y vuelta al mercado, jamás se adentraba en la ciudad, todos sus clientes sabían dónde encontrarlo.

Él era un hombre que nunca había tenido problemas con nadie y ahora, todo lo que tenía estaba por perderlo. Caminó por incontables oficinas pidiendo ayuda, salía por las mañanas con su morral lleno de frutas, el chontal para protegerse del sol, sus sandalias impregnadas de la tierra que tanto amaba y camisetas que prometían un cambio del que él nunca fue testigo.

Poco a poco los papeles suplieron a las frutas, su puesto estaba vacío varios días a la semana y la luna que había impregnado sus uñas, ahora también ocupaba poco a poco el centro de sus ojos.

En todos lados encontraba gente que lo rechazaba, pero también gente buena y fueron estas últimas las que lograron estancar el pleito durante varios años.

Cuánto hubiera dado por saber leer. Manolito lloraba ríos durante las noches en su casita donde sabía qué lugar ocupaba su hamaca, la mesa, el fogón y sus amados árboles. Extrañaba los viejos días, cuando sus piernas eran fuertes y sus brazos útiles.

Una noche, caminó a tientas hasta la ceiba que florecía con sus nubes de algodón en las cenicientas ramas, se abrazó a ella, abrió los ojos y la noche se volvió a impregnar en ellos, la luna vio su reflejo, lo tomó de regreso y por un instante Manolito volvió a ver el manto estrellado. Se recostó en el mullido lecho de algodón y se hizo uno con la tierra que le dio su color hasta que el mismo sol que tostó su piel lo quemó hasta desaparecerlo.

ATASTA

El año en que vi la luz de este sol tropical, la calle que me recibió en mi natal Atasta de Serra no era más que un camino de arcilla roja delimitado por las casas construidas en su mayoría con ladrillos y tejas de barro. Si algo caracteriza a esta tierra es su abundancia, al llegar la primavera los árboles frutales repartidos por doquier eran presa de todos los chiquillos y más de un adulto que a base de garrotazos tumbaban los mangos y naranjas de las matas al realizar cualquier recorrido rutinario. Con el paso de los años y gracias a la Junta de mejora de la colonia Atasta de Serra, varias calles, entre ellas la mía, fueron cubiertas con concreto para dar paso a la urbanización.

Atasta, más que una colonia es un pueblo y no un pueblo cualquiera; para muchos de los que nacimos en ese tiempo cerca de la tienda de abarrotes donde se reunían varios de los integrantes de la

junta, tres cosas eran aprendidas si ponías atención desde que ibas a hacer el primer mandado: beisbol, política y las fiestas de san Sebastián, porque eran el pretexto para, entre varias otras cosas, la organización del carnaval con sus comparsas repletas de colorido, los toritos de la fiesta del patrono, los globos de papel de China que se elevaban, el baila viejo con su caballito acompañado por los tamborileros de nuestra calle y por último, pero no menos importante, la quema del mal humor y de Juan Carnaval, que terminaba siendo un baile popular, donde los botellazos al final estaban a la orden del día, sí, está bien, éramos un barrio bravo, pero lleno de historia y tradición.

En la vieja tienda encontrabas de todo, desde bacales de maíz hasta artículos de mercería, mientras el tendero te despachaba tenías suficiente tiempo para ver una parte de la historia de la colonia y de varios de sus conocidos personajes, colgado de la pared estaba un gran cuadro en el cual tras el vidrio podías observar las fotos en blanco y negro de aquel famoso partido de las treinta entradas disputado entre el equipo de Telégrafos contra los grandiosos Tecolotes de Atasta, estos últimos dirigidos por el dueño de la tienda, ahí estaba el orden al bat, las fotos de todos posando con sus uniformes, el

diploma que daba cuenta de la epopeya beisbolística, entre otras tantas de varias de sus actividades, nada más de ver sus rostros cuando los topabas por las calles sabías quién era cada uno de ellos a pesar del paso del tiempo.

El partido en cuestión se jugó el veinte de agosto de mil novecientos sesenta en un campo que, posteriormente, según entiendo, pasó a formar parte del flamante estadio de beisbol Centenario 27 de Febrero, quedó cero a cero, hasta que el ampáyer, un peluquero conocido como "Patato" Briceño, lo dio por finalizado, nunca supe la hora en que terminó pero ellos juraban que fue a las tres de la mañana. Tantas veces lo escuché que no podía menos que unirme al coro de voces que se preguntaba si de haber seguido el juego, nuestros flamantes Tecolotes hubieran ganado, yo, la verdad, siempre he creído que sí.

Al habitar relativamente cerca del estadio y viniendo de una familia donde el beisbol, Dios y la política formaban parte de las pláticas habituales, los juegos cuando las damas entraban gratis, eran días de ir al estadio. En esta tierra lo primero que se aprende es a soportar el calor y si algo sabemos muchos tabasqueños es de los múltiples remedios para aliviarlo por diferentes vías y que el beisbol tiene

un lugar importante se gane o se pierda, aunque muchas veces es más esta última; la vida como los partidos, de acuerdo al gran filósofo del beisbol Yogi Berra, no se acaba hasta que se acaba.

Cuando mi madre nos avisaba que íbamos a ir al beis, terminaba pronto con mis deberes. Al ser tres, bueno, cuatro con mi mamá, era menester llevar suficiente bebida y algo de comer, pues en el estadio — todo cuesta y no tenemos dinero para estar comprando tantas cosas — decía ella. Cuando nuestra vecina llegaba con los trillizos y su niña más chica, era el momento de caminar hasta la Deportiva, allá iba la bola de chamacos, corriendo; a mí, honestamente, me interesaba más el chisme y caminaba junto a ellas.

Llegar al estadio en esos tiempos los días de entrada libre era una hazaña, si querías entrar por la puerta principal te revisaban a veces las bolsas, cosa que no nos convenía por las jarras de bebida y la bolsa con palomitas, así que entrábamos por una de las escalinatas laterales que nos llevaba directamente a la zona de sol tercera, la cual hasta el día de hoy sigue siendo mi área favorita.

La música, el ambiente, los gritos de euforia cuando íbamos ganando te hacían sentir como parte de algo grande, saltaba en la grada de cemento cuando metían un

hit, me desgañitaba gritando cuando era un *home run*, intentaba atrapar la pelota cuando se iba de *faul* y sí, les decía hasta la despedida cuando cometían un error, digo, no era la única, es decir, entre mentadas, rechiflas y reclamos, hasta baño de cerveza alcancé algunas veces gracias a que los ponchaban o daban base por bola pero, con todo y tener que ponerle un pedazo de cartón a mi asiento, ir al beisbol sigue siendo una de mis actividades favoritas.

Cuando estás en el 27 de Febrero, sentada en el área de sol tercera al caer la tarde previo al partido, el aire es tan refrescante que te hace sentir en paz ante la vista del diamante de juego. La tierra es café-rojiza, del mismo color que la arcilla de mi calle natal, ahora asfaltada.

El crepúsculo matiza cada día el cielo arrebolado de agosto en Villahermosa, el fresco rumor de las hojas anuncia su llegada. En los días que casi no hay afición puedes darte el lujo de cerrar los ojos y dejar que el viento te transporte a otro lugar, como lo hace con las semillas de los árboles de macuilíes, guayacán, framboyán o de las ceibas envueltas en su mullido lecho de algodón, si las miras con atención pareciera que son cientos de flores de diente de león que se liberan al depositarse en el piso, el incandescente sol permite que la

humedad se pierda pronto y entonces las libera con su acolchada envoltura y se van prácticamente flotando hasta que de tanto hacerlo se va desintegrando para dejar al desnudo la negra semilla, pequeña, tal vez insignificante para muchos, pero, de ser cierto lo que decían los mayas, esa conexión sagrada explicaría por qué se necesita tanta delicadeza para liberarla en algún ceno de los tantos que aquí existen, quién pensaría que aquellas elegidas para germinar tratarán de tocar el cielo, tal vez en un intento de volver a jugar en el aire o recordar cómo fue su descenso; en ese entonces, cuando aquel partido se jugó, uno podía ver varias ceibas en los extensos terrenos de alrededor.

El campo es el mismo a pesar del infinito repintado calizo, después de todo es solo un trazo que delimita el terreno de juego pero no su alcance ante nuestros ojos. El intenso verde que lo cubre es del mismo color que adorna mi ciudad, o mejor dicho, la invade, por eso algunos dicen que somos la esmeralda del sureste, porque esta tierra, que otros llaman infierno verde, es tan fértil que la vegetación se abre paso hasta en los muros nada más de dejar de habitar un lugar, tan generosa es, que a punta de árboles conoces los más brillantes colores.

Después de que caen todas las hojas, las ramas aparentemente secas se llenan de racimos de diferentes tonos, desde rosa pálido a lila y cuando el aire juega con ellas cientos de flores bailarinas caen dando giros en una última danza cual canto del cisne antes del silencio perpetuo, justo para ocupar su lugar en una efímera alfombra que tiñe los zapatos de los caminantes lo mismo que lo hace el polvo que se pega a los zapatos de los que van al estadio o se impregnan de los recuerdos como el de aquel partido que si bien no duró treinta entradas, aún perdura en la memoria de muchos.

El treinta y uno de agosto de mil novecientos noventa y tres, en el Centenario fue un día asombroso, vaya, podría decir que espectacular, tanto como lo es ver las calles y paseos de Villahermosa cuando el amarillo de los guayacanes la inunda. Existen algunos árboles que se llenan de tal cantidad de flores que es cuando comprendo que su belleza breve y delicada se extingue tan rápido que vale la pena tomarse un momento y disfrutarla, porque no sabes si al año siguiente seguirás aquí o si volverá a repetirse después de tanto tiempo.

No había un alma más en el estadio, la gente se arremolinaba en los alrededores, los ánimos estaban calientes más que las

gradas de cemento; la humedad, como pocas veces, se podía no solo sentir sino ver condensándose en el ambiente después de las lluvias de los días previos, pero más que nada en los rostros sudorosos de los asistentes que, obvio sabían muy bien lidiar con el calor con los más diferentes remedios y con las lluvias que cada tanto inundan las calles y desbordan, al fin y al cabo, como decía el poeta, somos más agua que tierra.

Enfundados en sus uniformes blancos con letras azules, los Olmecas de Tabasco jugaban contra los Tecolotes de los dos Laredos, que llevaban camisola azul rey con letras rojas, pantalón blanco y vivos en los mismos colores. En el área de preferente estaban aquellos que desde el inicio de la temporada, siempre fieles al juego de bola, seguían los partidos, aun cuando ni siquiera los cabezones pintaban para favoritos, solo que ahora el hecho de que los Tecolotes tuvieran posibilidad de coronarse campeones no les hacía mucha gracia, incluyéndome.

La gente animada por la música del Brujo del trópico bailaba en sus lugares. Los gritos de bolero eran ensordecedores cuando el pícher de los tecolotes lanzaba, opacados solamente por las matracas que giraban para hacer que perdiera la concentración.

Si alguien no conocía la señal de la televisora estatal, ese día por fin la conoció, los transmisores de radio estaban sintonizados y sincronizados en todas las casas, fácilmente podías caminar por las calles de la colonia, incluso de la ciudad y escuchar el partido donde quiera que fueras, lo sé porque el grito de júbilo cuando llegó la primera carrera en la segunda entrada resonó por todos lados, el cemento de las gradas vibraba con la fuerza de los saltos y el baile que aquel batazo desató.

Conforme las entradas transcurrían y las carreras de los Tecolotes no llegaban, la confianza incrementó, la ola humana daba vuelta al estadio una y otra vez; de pronto, con un batazo que aventó las ciento ocho costuras hacia el jardín izquierdo, la segunda carrera apareció, el grito que salió de nuestras gargantas se unió con las otras miles fuera y dentro del estadio; así como revienta el fruto de la ceiba al estrellarse contra el piso y liberar su contenido sagrado en medio de una lluvia de pelusa, reventaban en el cielo los cohetones anunciando la hazaña.

El colmo de la emoción vino cuando llegó la tercera carrera, el corredor se barrió con tal fuerza que incluso tumbó al cácher, la locura se apoderó de todos; casa llena y una luna que brillaba intensamente conformaron el cuadro perfecto; todos

los gritos se hicieron uno solo cuando la cuarta carrera llegó, la algarabía se extendió por todos los rincones del estado y el nombre de Ricardo Osuna era vitoreado como el héroe de la gran hazaña.

Para la séptima entrada los uniformes de los Olmecas estaban llenos de esa tierra que es mi tierra, se jugaba con fuerza, con seguridad, con confianza, éramos un equipo de final de *play off* a todo dar y la afición respondía con un apoyo como nunca más he vuelto a ver desde entonces.

De pronto, un batazo de *hit* en la parte alta de la octava le dio la primera carrera a los Tecolotes haciendo cimbrar a todos ante la posibilidad de que remontaran el marcador.

Para cuando la parte alta de la novena entrada llegó, a tres outs solamente del campeonato, cada lanzamiento hecho por el pítcher emergente Román Cerna era aclamado, transcurridos los dos primeros, el grito a dejarnos afónicos era el de último out, uno más y uno, dicen que los chocos hablamos a gritos, ese día supe que se podía gritar aún más.

Todo el mundo estaba de pie, los gritos eran incontenibles, la música sonaba, el segundo out llegó en la primera base, bailaban, bebían, las matracas no paraban de girar y cuando por fin cayó el último

hacia el mismo lugar, el cielo se iluminó con la misma intensidad que brilla la flor del framboyán conforme los cohetes ascendían y hacían explosión.

La gente se desbordó hacia el campo de juego, en la calle todos salíamos rumbo a la estatua del atleta, esa noche Villahermosa no durmió, vivió el sueño de triunfo largamente acariciado.

Después, el estadio quedó vacío, en silencio. Durante muchos años, los juegos, las personas, los gritos, las mentadas y los chiflidos no faltaron, pero nunca como esa noche en que se gestó una memorable epopeya beisbolística que llenó de color la ciudad entera, enmarcados en aquel viejo cuadro quedó también esta hazaña y con el tiempo los colores se fueron perdiendo hasta que un virus hizo lo impensable y silenció a la humanidad llenándola de luto.

El encierro suspendió los juegos, los gritos ahora eran muy diferentes, la vida como la había conocido cambió. Hubiera querido estar ahí la última temporada del Centenario 27 de Febrero, ver caer su último out antes de ser derruido, volver a recorrer sus pasillos, tomar una foto de la escalinata de mi infancia, saludar a los vecinos habituales de sol tercera, esos, que aunque estuviéramos en el sótano como equipo acudíamos con o sin boletos gratis,

sentarme por última vez en la quinta línea de las gradas de tercera a ver el juego, intentar atrapar una pelota de foul, comer las butifarras recalentadas, las tortas de lechón o cochinita, ver a los vendedores con sus mandiles “del pavo”, escuchar el audio local con la voz de siempre, caminar entre la gente, reír con el “exquisito” lenguaje de mis paisanos chocos a cada error de nuestro equipo pero, igual que la efímera existencia de las flores y su belleza, el estadio sucumbió y solo quedan los recuerdos, las fotos ya no están enmarcadas en la pared de la tienda porque el tiempo y la vida no perdonan, casi todos los jugadores de las treinta entradas se han ido, incluido su timonel.

Al final, la arcilla roja de Atasta volvió a emerger para dar paso a un nuevo parque de beisbol y sin duda, nuevos atastecos acudirán debido a la cercanía del estadio en cuanto sus puertas estén abiertas, escribirán una nueva historia, como lo hacen en cada primavera los árboles viejos y sus nuevos brotes, tal y como lo hace la vida, entonces todos sabremos que si la noche está iluminada es porque hay partido, y esto no se acaba hasta que se acaba.

SUIVIDA

Desde hacía mucho tiempo, aquel caballero vivía contemplando las aguas del Grijalva.

Anhelaba poder acercarse a ellas, principalmente para refrescarse, pero sobre todo para sumergirse y nunca más salir.

Estaba harto. Durante años contempló con envidia a las personas, no entendía por qué no se daban cuenta de lo afortunadas que eran de poder moverse y caminar, mientras él estaba anclado a ese lugar donde pocos se detenían para echarle una mirada que le diera sentido a su existencia olvidada por el tiempo.

Un día, una leve sacudida de la tierra lo hizo estremecer, podría decirse que hasta la médula, de no ser porque carecía de ella; sintió que uno de sus pies se liberó, sin embargo, no pudo moverlo más allá de unos milímetros después de mucho esfuerzo, dada la rigidez de sus piernas; resignado, continuó mirando el pedazo del

malecón de Villahermosa en donde se le había asignado vivir.

Las lluvias aparecieron y amortiguaron los rayos del incandescente sol que tanto le hacían sentir que ardía durante la primavera y el verano.

No se le hizo extraño que pasaran varios días con aguaceros torrenciales; poco a poco la tierra se fue aflojando, las ataduras de sus pies se fueron haciendo más ligeras.

Cuando sus ojos contemplaron el aumento en el nivel del río, se sintió complacido, tal vez, si se desbordaba, el agua llegaría hasta él. Debajo de sus pies sentía claramente el movimiento de la corriente, solo unos cuantos centímetros lo separaban de llegar al río o de que el río llegara hasta su lugar.

Cientos de hombres y mujeres llegaron a llenar costales con arena, pero, pese a ello, el agua ya acariciaba el borde de la banqueta donde él se encontraba. Las lluvias aumentaron, la corriente no respetó nada y sus ojos siempre abiertos y fijos contemplaron extasiados cómo el agua invadía todo a su alrededor.

Conforme el agua fue ascendiendo sobre su rígido calzado, la maldición de la que era presa se fue desvaneciendo, dio sus primeros y torpes pasos después de

tantos años, una vez que el Grijalva tocó su cintura, el resto de su cuerpo recobró la vitalidad y recuperó su apariencia normal.

Se despojó del traje hasta quedar con su viejo calzón de manta, cual si fuera un chiquillo se tiró desde la orilla del puente igual que cuando lo hacía de la baranda cerca de su casa en las aguas del Mono Sagrado en su natal Tenosique, antes del dolor, la traición y el olvido.

Ni siquiera miró hacia atrás, agradeció al agua dejándose devorar por ella que, lejos de quitarle la vida, se la regresó convirtiéndolo en un suivida.

SANTO REMEDIO

El clavo perforó el pie del chiquillo justo en medio del talón. A como pudo levantó el pie que trajo consigo el pedazo de tabla que perforó la delgada sandalia pata de gallo.

Se la sacó de un solo tirón y levantó del piso la bolsa con el pozol que se le había caído. Cojeando retomó el camino hacia su casa. Al llegar, su mamá vio la sangre que le escurría de la chancla.

Le lavó la herida con agua y jabón, después para evitar el pasmo y que se infectara tomó un poco de petróleo, lo entibió y se lo untó, alrededor del pequeño hueco, su madre decía que eso iba a evitar que le cayera tétanos por el óxido.

Sin embargo, al día siguiente, el talón se veía colorado y le dolía. Doña Elsa, la vecina, sabía de hierbas, después de una exhaustiva revisión dio su diagnóstico, la herida se había pasmado por no haber

colocado papel periódico para protegerla y se estaba infectando porque muy seguramente el clavo debió de haber tenido popó de algún animal.

Caminó a su patio donde tenía una gran variedad de plantas y tomó dos hojas grandes de maguey morado, las soazó y las exprimió en un vasito de vidrio. Después de lavar la herida con jabón de Castilla, colocó gota a gota el extracto dentro de la lesión, dos hojas de momo a manera de cataplasma terminaron el procedimiento.

Instruyó a la madre para que le diera agua de matalí para que el cuerpo se refrescara y no le diera fiebre al niño, además de tener cuidado de procurar que estuviera al tiempo pues tendría que adicionarle el jugo de dos hojas soazadas de maguey cada tres vasos.

A pesar de ello, la fiebre se presentó, la receta cambió y cientos de hojas de maguey fueron empleadas para extraer el jugo que se le daba cada tanto tiempo, por fin, después de una semana el talón recuperó su color y el niño ya se sentía fresco.

Pensando que había librado todo, intentó salir a jugar, hasta que su madre le dio un pescozón, justo para después teparle la nariz y darle una purga fresca para completar aquel santo remedio.

¡OLE!

Cada vez que paso por la vieja plaza de toros de Villahermosa en los días grises, tan grises como el cemento de las gradas que es el mismo que enmarca hoy al viejo y abandonado coso taurino, recuerdo cuando íbamos a las corridas.

Yo era pequeña. Ver a los toreros y a los picadores era un espectáculo siniestramente atractivo. El sonido local anunciaba al torero mientras un pasodoble sonaba al fondo, proveniente de un tocadiscos. La gallardía de aquel hombre que partía plaza era imponente, la filigrana del traje de luces brillaba con la intensa luz del sol, sus medias rosa eran rematadas con un par de manoletinas negras que dejaban las impresiones de sus huellas a cada paso y hacían reaccionar al público aplaudiendo.

Una vez brindada la corrida aparecía él, magnífico, imponente, el negro de su piel refulgía al darle la luz del sol, ese mismo

que hacía brillar la filigrana de su enemigo y que lo deslumbraba al salir al redondel provocando que frenara la carrera mientras reconocía el terreno de un destino escogido por otros.

La danza macabra daba inicio, yo gritaba ¡oleee! con todas mis fuerzas a cada pase que el torero daba, no importaba dónde te sentaras el calor de este trópico era suficiente para hacer que el cemento bajo tu cuerpo te mantuviera de pie, ni siquiera aquellos que rentaban sus cojines o llevaban los propios resistían sin pararse de vez en vez.

Apertrechada con mis platanitos con salsa y mi vaso de refresco de cola veía cuando el juez de la plaza concedía el rabo o las orejas, según fuera el caso.

El reloj de la plaza recibía de frente al crepúsculo que se teñía con los colores de la saliva espesa y ensangrentada que del hocico del animal escurría mientras su vida también se apagaba. Los ojos, redondos como el mundo atrapado en la tierra ocre de la plaza, observaban con incertidumbre igual que yo. Por momentos, una nube de polvo se levantaba a cada bufido agónico, parecía hacerse más grande conforme pasaban los minutos, sabedora de su suerte deseaba suavizar su caída mientras las patas delanteras se doblaban después de la estocada final clavada en los rubios.

Los pitones habían fallado en su defensa, el injusto vencedor caminaba en el redondel, recibía los vítores de todos los presentes con gran orgullo, en el sonido local el pasodoble resonaba más fuerte que al inicio.

En la arena, las huellas del arrastre eran un testimonio breve del triunfo mientras dibujaba la curva de la muerte cuando las últimas exhalaciones de sufrimiento permitían el paso al descanso de aquel martirio. Yo corría hacia el hueco entre el cemento que era el cubo de una de las puertas para ver lo que pasaba después. Aprendí que no importa qué tan fuerte, hermoso y bien plantado seas, al final cuando los adversarios y las adversidades se juntan, tu experiencia en la palestra puede no ser suficiente pero todavía serás capaz de dar una última pelea.

Los grandes cuerpos eran difíciles de levantar para ser trasladados en la parte trasera de una camioneta, requerían de varias cuerdas, poleas y hombres. El olor de la sangre llegaba hasta mí y el grito de ¡ole!, me indicaba que debía regresar a ver si en esta ocasión, el ¡ole!, que yo gritaba animaba a aquel que luchaba solo contra todo el coso taurino representado en cada banderillero o rejoneador que perforaba su piel haciendo caso omiso a su dolor.

CUARESMA

En Villahermosa, a mediados de marzo, el aire se torna fresco, el tiempo de papalotes ha llegado y los niños de las colonias populares lo saben.

Pedro saca las varitas de la palma de coco para construir el suyo. Compró un papel de China de color rojo intenso en la papelería de don Sócrates y un resistol de bolita. Durante la tarde, ya colocado el freno, la cola y el hilo, corrió por su calle para elevarlo.

El papagayo se elevó hacia el azul del cielo limpio y se mantuvo estable mientras el carrete de hilera de su mamá se iba haciendo cada vez más delgado.

De pronto, apareció una enorme paloma multicolor, Luis, su vecino, le declaraba la guerra, seguro de que con el hilo de seda fácilmente cortaría la hilera de Pedro para ganar.

La batalla inició, Pedro luchaba por alejar lo más posible su frágil juguete pero al final Luis logró su cometido. El papalote quedó libre y el viento se lo llevó.

Desde el cielo, el papalote divisó cómo Pedro corría tratando de alcanzarlo, el aire era ahora quien jugaba con él y lo hacía navegar hasta que aterrizó en un gran árbol de guayacán, cerca de la barda de una escuela.

Alejandro vio cuando hizo su aterrizaje. Sin pensarlo corrió hasta la barda y la escaló, al ver tan inesperado regalo la alegría lo invadió, su padre le había prometido llevarlo a la playa a volar papalotes en Semana Santa, cuando el aire era el mejor.

Había esperado con tanta ilusión la llegada de esos días, hasta que su padre simplemente se sintió muy cansado poco antes de la Semana Mayor, la ida a la playa se fue con el último suspiro de su padre. Al menos, casi un año después al ver ese brillante papagayo sintió que su padre se lo enviaba desde algún lugar para cumplir su promesa.

ELIANNET PAOLA
GARCÍA HERNÁNDEZ

Nació en Villahermosa, Tabasco, 1976. Estudió la licenciatura en médico cirujano en la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco. Diplomada en creación literaria. Estudiante de maestría en estudios de género y prevención de la violencia. Promotora y mediadora de lectura independiente. Su libro *Historias del río*, fue publicado por la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Tabasco (Serie Cuento. Colección Bruno Estañol, 2019). Algunos de sus cuentos aparecen publicados en diversas antologías resultados de concursos regionales con temáticas variadas entre ellas violencia infantil y migración, narrativa erótica, crónicas de pandemia; así como en diarios de publicación regional. Ha cursado diferentes talleres de novela corta, ensayo y cuento bajo la dirección de reconocidos expertos en la materia. Forma parte del consejo editorial de la revista cultural “Palabra infinita” en el área de

narrativa. Participante en las actividades culturales del Comité Nacional de Noche de las Estrellas, avalado por el Conacyt, UNAM, IPN, entre otras instituciones, por parte del centro cultural “Esperanza Cano y Humberto Muñoz” del 2019 al 2021.

ÍNDICE

Cosecha.....	11
Atasta.....	17
Suivida.....	29
Santo remedio.....	32
¡Ole!	34
Cuaresma.....	37



Tierra, calor y color, de Elianet Paola García Hernández, se terminó de imprimir en los talleres Yaxol, en Cárdenas, Tabasco, el día 16 de diciembre de 2022. La coordinación editorial estuvo a cargo de Luis Alberto López Acopa. Diagramado y diseño de portada Ivanna Gabriela Guadarrama Javie. Se imprimieron 500 ejemplares.



CENTRO
HONESTIDAD Y RESULTADOS
2021-2024